

comprensión entre sí, sin dejar por eso de establecer y guardar buenas relaciones con otros pueblos no americanos. Lejos de ser esto consejo ingrato o traición inmerecida contra la política del Buen Vecino, tal posición, al contrario, se halla justamente armonizada con la que habrá de adoptar este país en la política internacional de la postguerra.

Aparentemente inconexos entre sí, Aldunate Phillips ha escogido con cuidado y selección inteligentes aquellos aspectos de nuestra vida de ayer y de hoy que en su opinión mejor revelan la ideología, la filosofía y el carácter americanos — “la trayectoria espiritual... la modalidad de vida... la inconsciente orientación... de nuestra historia”. En capítulos cortos habla de Whitman, de Walt Disney, de Lincoln, de Edison, de Roosevelt, de Wallace; de nuestra técnica médica, de los empleados públicos, del *Reader's Digest*, haciendo destacar así lo paradójal del tipo humano americano, protagonista de la “gran aventura del hombre”. Señala como lacras de nuestro pueblo arraigados prejuicios raciales y una preocupación demasiado prevalente aún por lo material, reconociendo al mismo tiempo que somos una nación de idealistas y de soñadores. Y para terminar, debemos agradecerle otras tantas justas observaciones que hace respecto a los conocidos comentarios sobre nuestra incultura y mala educación: “En el fondo, actuando con un material humano superior, Estados Unidos ha puesto en práctica la idea de dar preferencia a la masa sobre el individuo para que de una vez por todas cada ser viviente pueda aspirar a la mínima dignidad a que tiene derecho. Esta nueva política del *standard life* representa dentro del desenvolvimiento de la cultura humana una de las revoluciones más formidables de la historia del hombre y es la característica más distintiva del pueblo americano.”

A nosotros, como nación y como individuos, se nos impone el no quebrantar nuestra fe hacia quienes tan honesta y generosamente han intentado sondear nuestra vibración espiritual.

JOHN E. ENGLEKIRK,
Washington, D. C.

HORACIO QUIROGA, *Sus mejores cuentos*. (Biblioteca de CLÁSICOS DE AMÉRICA. Ediciones del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana. Vol. III.) Introducción, selección y notas de John A. Crow.—México, 1943. LII, 290 pp. 2 dólares.

“El más grande de los cuentistas americanos”: tal la jerarquía justísima, establecida por el profesor John A. Crow, en el denso prefacio escrito para este libro. Y por primera vez, nos ofrece una perfecta selección de la obra de Quiroga, selección realizada por el propio profesor Crow, autor igualmente de las notas que acompañan estas narraciones. El genio creador del originalísimo artista uruguayo puede ser ampliamente valorado en la presente obra, que presta un gran servicio a la di-

fusión de la literatura iberoamericana, en uno de sus aspectos más humanos. Tanto en sus páginas que reflejan la agreste inmensidad trágica de las selvas misioneras, como en aquellas que se internan en las zonas de la subconsciencia, Quiroga logró realizaciones plenas, que quedan como ejemplos de perfección, no sólo por la severidad de su estilo —libre de ornamentos— sino, sobre todo, por su riqueza psicológica, su maestría en la descripción realizada con sobriedad y verdad, su nervio, su carácter, su pujanza vital, su hondo sentido de la tragedia, su esencialidad, y lo imprevisto, intenso y sugestivo de sus narraciones. Esta selección incluye: un cuento del libro *Los arrecifes de coral* (1901), uno de *El crimen del otro* (1904), seis de *Cuentos de amor, de locura y de muerte* (1917), dos de *Cuentos de la selva* (1918), uno de *Anaconda* (1921), seis de *El destierro* (1924), tres de *Los desterrados* (1926) y uno de su último libro, *Más allá* (1934). En la introducción —riquísima en datos biográficos—, el profesor Crow señala, muy acertadamente, que “para Quiroga el cuento era un género esencial y eterno, que amó con pasión y estudió con lealtad y tenacidad ejemplares, en su técnica. Aspiró a la perfección y la alcanzó muchas veces, poniéndose en el nivel altísimo a que no han llegado más de diez en el mundo literario, así de Europa como de América”. Indudablemente, en la formación espiritual de Quiroga entran algunas influencias (la de Kipling y Poe sobre todo), pero ellas han sido bien asimiladas por él, transformándolas en su propio crisol, adaptándolas a su idiosincrasia, hasta convertirse en algo muy distinto y —en algún caso— superior. Esta edición, que se destaca por su fina sobriedad, fué realizada bajo la dirección de Carlos García-Prada, y la impresión fué dirigida por Germán Pardo García.

GASTÓN FIGUEIRA,
Montevideo.

JOSÉ ASUNCIÓN SILVA, *Prosas y versos*. (Biblioteca de CLÁSICOS DE AMÉRICA. Ediciones del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana. Vol. II.) Introducción, selecciones y notas de Carlos García-Prada. México, 1942. xxxv, 215 pp. 2 dólares.

En verdad, son raros los poetas que saben transmitir voces inefables y divinas tras la humana exhalación de sus acentos. José Asunción Silva, poeta por su patronímico dulce, por su bella estampa de varón apolíneo, por el hálito suave de sus cadencias, por su romántico amor imposible, por la armonía musical de su vida y por su final desventurado y triste, es el resumen perfecto, la cifra exacta, el símbolo más noble de la poesía humanada, hecha carne y corazón y diluída en sangre. “Tú naciste ruiseñor...” dice una elegía de André Chenier, y en toda la lírica universal a pocos poetas como a Silva corresponde esta vocación enternecedora de Filomela, el melodioso pajarillo mitológico. Todos tenemos una imagen ideal de Silva entonando su “Nocturno” en la alta hora lunar, pálida, fría